

Discurso pronunciado por el doctor Felipe S. Paredes en la apertura del año académico de 1911.

Señor Rector,

Señores:

Designado por el señor Rector, para pronunciar el discurso de apertura de esta ilustre Universidad, en el presente año académico, encuentro muy deficiente mi fuerza intelectual para corresponder á la solemnidad é importancia de este acto, iniciador de una nueva aurora en la vida de tan distinguido centro facultativo, destinado á fecundar la ciencia en la esfera que su constitución de Universidad menor le permite, i en la proporción de los exiguos medios con que cuenta.

De todos modos, el Cuzco debe felicitarse de que al través de las peripecias que pusieron en peligro su existencia, subsista élla, llena de aliento i de fe en el porvenir, para cumplir su alta misión de conducir la juventud por los luminosos senderos de la verdad i del bien, á fin de que sea factor útil i eficaz en la anhelada obra del progreso i de la regeneración social.

Contando con vuestra indulgencia, la que desde luego invoco, para que seáis benévolos al juzgar el humilde trabajo que os ofrezco, entro en materia:

Contemplando el vertiginoso movimiento en que incesantemente se agita la humanidad, marcando las etapas de su existencia con nuevas i admirables conquistas en el fecundo campo del progreso, el filósofo i el historiador no alcanzan á vislumbrar hasta donde irá el potente espíritu del hombre, que todo lo descubre i lo adivina, dominando las fuerzas de la naturaleza i sometién-dolas á su imperio.

El siglo 19, considerado como el gigante de los siglos, por haberse realizado en él los más extraordinarios descubrimientos i los maravillosos inventos que jamás se habían visto, i que talvez no llegaron siquiera á imaginar las anteriores generaciones, ha sido el natural

do por algunos historiadores como un paréntesis en la vida de la humanidad.

En el solitario retiro de los claustros se habían refugiado los restos dispersos i trancos de los conocimientos humanos. En esos lugares, donde solo se respiraba el ambiente de las nuevas creencias sostenidas con el fervor de una fé intensa, se reconstruía el edificio de la ciencia con los elementos asiduamente recogidos de la civilización greco-latina ó mejor dicho romana, que había salvado del cataclismo en que estuvo expuesta á desaparecer en ese torbellino que todo lo envolvió la invasión bárbara.

Servicio más importante no se podía prestar á la humanidad, que habría carecido de luz al entrar en una nueva etapa de su existencia. Pero de tan inmenso bien, debía surgir fatalmente, como en efecto surgió, un grave peligro que no tardó en estallar, suscitándose largas i encarnizadas luchas que constituyen una de las fases más culminantes de la Edad Media.

La causa es fácil explicarla: el espíritu religioso que llegó á presidir el movimiento intelectual que se operaba entonces, concibió erigirse en poder absoluto i quiso sujetarlo todo á su dominio,—las ciencias, las artes, la industria, la política—todo debía dirigirlo i depender de su autoridad. Semejante pretensión, debía pues producir un conflicto inevitable.

La misma religión de Jesu Cristo constituida ya i organizada como Iglesia, con un centro de unidad, no pudo menos que admitir una soberanía temporal, con la que necesariamente tuvo que entrar en pugna, produciéndose las luchas de que ya he hablado.

Se quiso establecer la supremacía universal de los Pontifices, junto con la inflexibilidad del dogma en materia de enseñanza; i no reconociendo sobre la tierra como verdadero, legítimo i único sino el poder de aquéllos, era consiguiente que hubiesen combatido tenazmente á los reyes para arrancarles el cetro i aniquilar su autoridad, sin tener ya en cuenta para nada la soberanía de los pueblos.

producto de las elucubraciones de ellas en el gran laboratorio de la ciencia, que no hace más que acumular los elementos de su desarrollo intensivo, hasta el momento en que un espíritu superior se posesiona de ellos i les dá la fórmula que se traduce en nuevos descubrimientos que aceleran el carro del progreso, dándole rumbos más seguros i atrevidos á su incontenible marcha en la vía evolutiva que desde hace XIX siglos viene recorriendo la humanidad, siempre ansiosa de descubrir nuevas cosas, i jamás satisfecha con los tesoros de ciencia que no se cansa en acumular á manera del avaro insaciable en su sed de acrecentar su fortuna.

Indudablemente que esa aspiración nunca satisfecha, ese inagotable deseo de arrancar los secretos que aún guarda la naturaleza, de desgarrar el velo que cubre los misterios de la ciencia que es infinita, como infinito es el ser de donde ella emana,—obedece á la ley del perfeccionamiento del hombre, cuya solución final no habrá quien se atreva á predecirla.

En efecto, no puede afirmarse que el hombre como actualmente existe, ha llegado al *sumum* de la perfectibilidad orgánica, ni que su potencia intelectual dará el último exponente de la sabiduría humana.

No me propongo, ni puedo intentar siquiera profundizar cuestiones de esta naturaleza, á cuyas soluciones sólo pueden llegar los sabios que con la luz de la ciencia han logrado penetrar los secretos de la creación, clasificando las capas geológicas del planeta en que vivimos en sus formaciones sucesivas, efectuadas en periodos de siglos, i que siguiendo la ley de la evolución incesante á que está sujeto desde su origen, no puede adivinarse las transformaciones que continuarán verificándose en su constitución, en el indefinido curso del tiempo; i como á cada evolución geológica corresponde la aparición de nuevas seres organizados, en escala ascendente de perfección, no podemos tener el orgullo de asegurar que el hombre actual sea la última expresión de aquella, ni dejar de presagiar que su lugar de rey de la creación, hasta hoy, puede ser disputado por otra especie de organización superior i tam

bién de inteligencia, que en la época en que posiblemente se realizara esta transformación, contemplaría como cosa rudimentaria, lo que pudiera quedar de las más avanzadas civilizaciones de las anteriores edades.

En los adelantos que ha alcanzado la ciencia moderna, lo que acabo de enunciar no son verdades de novedad; están popularizadas las que enseñan que el hombre, como ser orgánico, no es de los más antiguos en la tierra, i que su historia por mucho que nos remontemos á las civilizaciones más antiguas que se conocen, se puede decir que es de ayer; si se tiene en consideración la inmensidad de siglos que han precedido á su aparición sobre el planeta, en el misterioso i propicio momento que le hizo surgir á la vida universal.

¿Pero, señores, á que vengo hablando de una cuestión en la que soy profano i que no me es dado profundizar? Mi discurso debe versar sobre materia más concreta, i voy á hacer algunas breves reflexiones acerca de las vicisitudes por las que ha pasado el espíritu humano para llegar al grado de civilización i progreso que han alcanzado las naciones modernas, al través de los tiempos, en la incesante lucha producida por los antagonismos de raza, los odios tradicionales, la intolerancia religiosa; i más que todo, por la bárbara creencia que por mucho tiempo se ha tenido, de que la ley que debía regir el mundo era la de la fuerza; lo que equivalía á la negación del derecho i al desconocimiento del grandioso destino que el hombre tiene que cumplir, en conformidad con su naturaleza esencialmente racional i libre.

La sociedad antigua no podía vivir perpetuamente bajo ese régimen de fuerza, generador del absolutismo, de la esclavitud con los vencidos, de los más groseros absurdos en materia de religión i de las más vergonzosas costumbres que habían llevado á la mujer al último extremo de la degradación,—por que así como el mundo físico está regido

por leyes que necesariamente se cumplen, el mundo moral está también sujeto á los principios reguladores de justicia, de orden i armonía, que han sentado su imperio allí donde el espíritu humano emancipado de las viejas ligaduras del error i las preocupaciones, ha llegado á formar la conciencia de sus derechos i la de la grandeza de su destino, debido á la luz de la ciencia, que es la guía de la humanidad en el camino de su perfeccionamiento.

Cierto es que la ciencia desde que se inició con los primeros hombres, aguijoneados por la curiosidad de conocer las causas que producen los fenómenos de la naturaleza, i estimulados por las mismas necesidades de su existencia, ha tenido una larguísima gestación, pasando por las alternativas que han atravesado los pueblos en su desenvolvimiento histórico; aunque pudiera decirse, trayendo á la memoria los más célebres de la antigüedad, que los unos se han reproducido de los otros; así, en su origen la Grecia no fué más que una rama egipcia traspantada al Peloponeso; de las riberas del Ganges i del Indus, la civilización pasó á las riberas del Nilo, pero modificada.

Es, pues, indudable que esos elementos de civilización llevados en diversas épocas del Egipto ó de la Fenicia, combinándose con los que existían entre las razas autóctonas, Pelasgos i Helenos, se transformaron i dieron nacimiento á una nacionalidad nueva que con la invencible espada de Alejandro el Grande, sometió á su dominación el mundo conocido entonces, unciendo al carro del vencedor la multitud de reyezuelos que reinaban en las regiones del Asia.

Siguiendo la misma ley de la transformación, necesaria al progreso de la humanidad, vemos que mientras el poderoso Imperio levantado por el genio de Alejandro desaparecía junto con él, destrozado por la ambición de sus generales, se aprestaba para reemplazarlo otro nuevo i vigoroso, de carácter altivo y fiero. Este fué el pueblo romano, que no solo subyugó todo lo que el conquistador de Oriente había sometido á su cetro, sino que extendió su dominación hacia el Occidente, llevando sus

águilas triunfantes á España i las Galias, que llegaron á formar parte de ese gran Imperio, que constituido con los diversos elementos que le proporcionaran sus conquistas, reemplazó una civilización que se extinguía, con otra que con mayor esplendor iluminó el mundo, llegando al pináculo de su grandeza con la adquisición de las inmensas riquezas de que fueron despojados los pueblos vencidos; con el admirable progreso que alcanzaron la literatura i las bellas artes, así como sus instituciones políticas i sociales; siendo una de sus mayores glorias la de haber echado las bases de la legislación de las naciones modernas.

Pero es también ley de las sociedades humanas, por mucho que hayan llegado al apogeo de su grandeza, derrumbarse i desaparecer, cuando se pierden las virtudes que crearon sus héroes, cuando las buenas costumbres se olvidan i se reemplazan con los vicios que degradan, i para decirlo todo, cuando la relajación moral ha corroído las entrañas de esa sociedad, haciendo inevitable su disolución, con el eminente peligro de arrastrar en élla los valiosos é irremplazables tesoros que las ciencias, las artes, la literatura i la legislación habían reunido, para constituir una civilización tan adelantada á que pueblo ninguno de la antigüedad llegó.

Mas, cual fué el poder misterioso que salvó del cataclismo producido por la invasión de los bárbaros, esa magnífica civilización en la que se había refundido la de las más remotas edades i que estuvo á punto de desaparecer junto con el coloso cuya caída era irremediable? ¿Que agente nuevo i extraordinario actuaba para darle otro rumbo á la humanidad, realizando el prodigio de encausarla hacia una creencia común? Ese poder misterioso, ese agente extraordinario,—no se puede desconocer,—ha sido el cristianismo, que levantando con mano vigorosa los restos incoherentes de una sociedad que sumbía, víctima de la disolución más repugnante, trababa heroicamente en reunirlos para darles unidad i dirección, bajo la inspiración de una doctrina pura i

saludable; echando así la sólida base de las sociedades modernas.

Necesario es también reconocer que al cristianismo no le hubiese sido posible realizar su grandiosa i redentora misión, en una sociedad decrepita i gastada por los excesos del sensualismo, si al tiempo que luchaba contra los elementos adversos á la nueva doctrina, no se hubiese verificado el acontecimiento, considerado por algunos historiadores como providencial, de la invasión de los bárbaros, que precipitándose cual un torrente sobre el carcomido Imperio, parecía que iban á destruirlo todo, haciendo retrogradar el mundo á los primitivos tiempos de la barbarie. Pero no fué así: esos hombres salidos de las selvas del norte, con sus costumbres sencillas, llenos de lozania i vigor, completamente extraños á los vicios de esa sociedad degenerada; que llevaban la inocencia en el fondo de su alma, vinieron á ser el más poderoso elemento de la renovación del mundo, que debía operarse con la propagación i el arraigo de la doctrina del Evangelio; pues debe tenerse en cuenta que el cristianismo sin embargo que tenía ya cinco siglos de existencia i de haber sido robustecido con el apoyo de Emperadores como Constantino, no había logrado cambiar la faz de la sociedad antigua que aún conservaba su fisonomía pagana, en la persistencia de algunas de sus viciosas costumbres i el falseamiento de la doctrina del Evangelio, cuyas excelencias procuraba desvirtuar la filosofía materialista que tocaba también á su término.

Era imposible que en el seno de esa sociedad decrepita, envuelta en la deletérea atmósfera de un sensualismo degradante, hubiese podido germinar la semilla de la nueva doctrina. Como muy bien se ha dicho: "Una religión nueva tenía necesidad de un pueblo nuevo; para la inocencia del Evangelio era precisa la inocencia de los hombres salvajes; para una fé sencilla, costumbres sencillas como esa fé. Las ideas nuevas no se arraigan sino en los espíritus jóvenes, desnudos de prejuicios.

Para que aquella nueva religión germinara, era pues menester el terreno virgen i fecundo representado

por esas razas primitivas constituidas por los bárbaros, de quienes, dice un conocido historiador: "Que fueron necesarios para restaurar la vida física, moral i política del mundo, cuya realización, verdad es que demandó la labor de algunos siglos; llegando al fin el cristianismo á establecer el vínculo de los pueblos del norte i del mediodía, mediante el trabajo reparador de la nueva raza i de la nueva doctrina; fecunda alianza que ha creado el mundo moderno, salvando los obstáculos opuestos por la enorme divergencia de costumbres, religiones, lenguas i caracteres de los pueblos, que avecindaban en el Imperio vencido.

Hechos de tan trascendental importancia se verificaron lentamente, como que solo la acción del tiempo podía reemplazar la degenerada i decrepita raza de los antiguos dominadores del mundo, con otra de sangre nueva i generosa; cambiar sus costumbres depravadas i torpes con los nobles i animosos combates del honor caballeresco; sus degradantes i viciadas instituciones, que consagraban la esclavitud, con el espíritu personalista i de altiva independencia que caracteriza las razas germanas.

La Edad Media es el periodo histórico en que se realizan esas evoluciones; bajo las apariencias del quietismo i de la obscuridad, como si no hubiese existido otra cosa que las belicosas é interminables contiendas en que se hallaban empeñados los pueblos del norte, que después de haber sojuzgado las comarcas del mediodía de Europa, divididos i sub-divididos en muchos pueblos por el caudillaje que constituyó el feudalismo,—preparaban la formación de esas naciones vigorosas, que no tardaron en destacarse cada una con su tipo i carácter peculiar, concurriendo todas en armónica marcha al desenvolvimiento de la civilización moderna.

Cabe aquí observar que los frutos cosechados por el espíritu humano en la antigüedad i que naturalmente llevan el sello de su época, se conservaron en medio del espantoso caos que reinó en ese largo periodo, considera-

do por algunos historiadores como un paréntesis en la vida de la humanidad.

En el solitario retiro de los claustros se habían refugiado los restos dispersos i trancos de los conocimientos humanos. En esos lugares, donde solo se respiraba el ambiente de las nuevas creencias sostenidas con el fervor de una fé intensa, se reconstruía el edificio de la ciencia con los elementos asiduamente recogidos de la civilización greco-latina ó mejor dicho romana, que había salvado del cataclismo en que estuvo expuesta á desaparecer en ese torbellino que todo lo envolvió la invasión bárbara.

Servicio más importante no se podía prestar á la humanidad, que habría carecido de luz al entrar en una nueva etapa de su existencia. Pero de tan inmenso bien, debía surgir fatalmente, como en efecto surgió, un grave peligro que no tardó en estallar, suscitándose largas i encarnizadas luchas que constituyen una de las fases más culminantes de la Edad Media.

La causa es fácil explicarla: el espíritu religioso que llegó á presidir el movimiento intelectual que se operaba entonces, concibió erigirse en poder absoluto i quiso sujetarlo todo á su dominio,—las ciencias, las artes, la industria, la política—todo debía dirigirlo i depender de su autoridad. Semejante pretensión, debía pues producir un conflicto inevitable.

La misma religión de Jesu Cristo constituida ya i organizada como Iglesia, con un centro de unidad, no pudo menos que admitir una soberanía temporal, con la que necesariamente tuvo que entrar en pugna, produciéndose las luchas de que ya he hablado.

Se quiso establecer la supremacía universal de los Pontifices, junto con la inflexibilidad del dogma en materia de enseñanza; i no reconociendo sobre la tierra como verdadero, legítimo i único sino el poder de aquéllos, era consiguiente que hubiesen combatido tenazmente á los reyes para arrancarles el cetro i aniquilar su autoridad, sin tener ya en cuenta para nada la soberanía de los pueblos.

Con todo, esa misma lucha que duró siglos, estancando la actividad de aquellos en su desenvolvimiento moral, intelectual, comercial é industrial, produjo el colateral efecto de impedir, por un lado, la erección de la autocracia religiosa, i por otro, la del absolutismo político. Funesto habría sido al progreso i el porvenir de la humanidad el triunfo de la ambición i las pretensiones de cualquiera de esos dos poderes antagónicos: el de los reyes que aún conservaban ese espíritu de barbarie, habría hecho retrogradar la sociedad á los tiempos de Roma, bajo el despotismo de los Césares, estableciendo la monarquía universal; i el de los Pontífices, habría creado la dominación teocrática, es decir, el atrofiamiento de la inteligencia que con la imposición del dogma habría quedado condenada á la inamovilidad; ahogado el impulso vivificante de la libertad, i sobre todo esto, el predominio universal de la casta sacerdotal, como única forma social i política de gobierno. Tal fué la mira que tuvieron los Pontífices, distinguiéndose entre ellos el absorbente i animoso Gregorio VII.

Ese antagonismo entre los dos poderes espiritual i temporal, no podía desaparecer facilmente, por el intránsigente empeño del primero en conquistar la supremacía sobre todas las cosas.

No obstante, el espíritu humano con las mismas sacudidas de esa porfiada contienda, había despertado bastante, i al influjo de la nueva doctrina comenzó á dar los primeros pasos de su emancipación, poniéndose en un nuevo periodo de actividad, preparando mediante el trabajo insensible i casi oculto de diez siglos, la brillante aparición del Renacimiento.

Cierto es que la autocracia religiosa, representada por el Vicario de Cristo, que invocando su origen divino i sobrenatural, pesaba todavía sobre la conciencia humana, cohibiéndola; pretendiendo tener sometida siempre la razón á la enseñanza teológica, enemiga del libre examen. Pero esos esfuerzos eran ya ineficaces; la nueva doctrina iba abriéndose campo y bajo su influencia despertaba la inteligencia de un letargo de cerca de mil años,

á la luz de elevadas i puras concepciones que habían de sentar su dominio sobre las aberraciones del paganismo sensual i materialista.

He aquí el punto de partida del espíritu humano en la nueva senda trasada á su desenvolvimiento por un orden de ideas i aspiraciones superiores, que no tardaron en revelarse en el idealismo religioso inspirado por el cristianismo, i el idealismo del arte que abandonando los viejos moldes creados por la esclavitud de los sentidos, imprimió á sus obras un sello original i grandioso, reflejándose en ellas las inspiraciones del genio, que con la sublime concepción de las verdades eternas, desterró el culto idólatra de la materia.

Los templos dedicados á los dioses del paganismo, donde se rendía culto á las más degradantes i vergonzosas pasiones humanas, habían sido reemplazados por magestuosas é imponentes basílicas, en cuyas sombrías i silenciosas naves parecía anunciarse el espíritu de Dios.

El mismo cambio radical se verificó en las producciones del arte: compárense las de Fidias i de Apeles con las de Rafael i de Miguel Angel, i se notará la gran diferencia que existe entre lo que está impregnado de sensualismo, destinado á complacer los sentidos, vaciado en una misma forma; i lo que en sí lleva los arrebatos de la inspiración que crea, i elevándose á las regiones del idealismo ha dado vida al arte moderno caracterizado por la variedad, pero que propende siempre á la realización de un tipo absoluto, fecundo é inagotable manantial de originales, ricas i atrevidas concepciones que arrancaron al Tasso los vigorosos i sublimes acentos que han immortalizado su nombre en su "Jerusalén Libertada"; los versos tiernos i delicados de Petrarca que concibió por la bella Laura de Nevés un amor que duró tanto como su vida, soportando con la resignación del mártir el dolor del que vive sin esperanza; las sublimes i estremecedoras estrofas del Dante cuyas concepciones extraordinarias dejaban traslucir las protestas de su espíritu libre i superior contra el despótico é insultante poder de los que se arrogaban el derecho de mandar; conduciéndole su portentosa inteligencia á escoger

una mujer para representar la civilización cristiana, como lo dice uno de sus comentadores. ¡Que contraste el que existe entre estas producciones inspiradas por los más delicados sentimientos del alma i los que informan las odas sensualistas consagradas á Píndaro i Safo, i los vergonzosos é impúdicos dramas del Olimpo cantados por Ovidio.

El espíritu humano aletargado por el predominio de la vida de los sentidos, despierta de ese letargo i dá sus primeros pasos en la senda á que es atraído por la indeclinable ley de su perfeccionamiento.

Sin embargo, hubo momento en que se creyó agotada la poesía cristiana á la que habían dado vida el Dante i el Tasso, i que sobre ella se levantaba nuevamente el clasicismo antiguo i el culto del arte mitológico, pues, en las elegantes cortes de Urbano VIII que tenía pretensiones de ser un gran poeta, i de Alejandro VI, cuyo nombre recuerda el de Lucrecia Borgia, se trató de restablecer las costumbres fastuosas i libertinas de esos tiempos de orgía i corrupción. Pero volver á ellos ya no era posible: el espíritu humano había recibido un poderoso impulso para que pudiera detenerse en su decidido empeño de combatir el error i las tinieblas.

La brillante aurora de la regeneración que había despuntado con el Dante, debía seguir alumbrando con más esplendor el mundo de la inteligencia; i sucedió así efectivamente en el siglo XVI, en que recibió el más poderoso i atrevido impulso con el aliento que adquirieron la libertad i la razón, elementos sin los que es imposible concebir la ciencia, que refractaria á la revelación i á las imposiciones de la Iglesia, en nombre de la fé, no pudo existir mientras esa autoridad con su título de infalible, mantuvo amodorrada la inteligencia con el vaho místico de las verdades sobrenaturales.

Fué en tal estado de sumisión i adormecimiento de los ánimos, que Galileo sin preocuparse de la inmensa sorpresa i miedo que iba á causar en las conciencias tímidas, hizo su audaz revolución en los cielos, con inmediata repercusión en la tierra, haciendo surgir la ciencia hu-

mana sobre el dogmatismo imperante de Roma que con sus anatemas quiso apagar esa luz, que para extinguirla era inútil todo esfuerzo. La firme convicción del que la sustentaba, le hizo soportar con heroísmo el peso de las cadenas de acero con que cargó su cuerpo el Tribunal de la Inquisición, para obtener la abjuración de su doctrina. El mayor mérito de ese mártir de la ciencia consiste en la fuerza incontrastable que tuvo para romper con el pasado i con la autoridad opresora de la tradición que querían detener el libre vuelo del pensamiento. Aquella memorable palabra que por lo bajo pronunció, *e pour si mouve*, después de haber sido sometido al *rigoroso examen*, que bien sabeis en lo que consistía, constituye la verdadera fórmula del progreso humano i la protesta más grande i significativa lanzada contra las aberraciones de un dogmatismo matador, por la razón que recobrando sus fueros entraba en sus dominios de la ciencia, sin que nada hubiese podido impedir ese movimiento impetuoso, atraído por la necesidad de explicarlo todo i de rasgar el velo de lo misterioso.

Vanos fueron los esfuerzos de una dialéctica sutil, que empleando una argumentación, hasta cierto punto ingeniosa, se obstinaba en aprisionar el entendimiento en un círculo vicioso, para sacar de allí conclusiones curiosas que ciertamente honraban el ingenio escolástico.

Nada pudo ya detener el nuevo rumbo que tomaba el pensamiento humano,—ni las persecuciones sangrientas de los partidarios del oscurantismo i de los ministros del Santo Oficio, que pusieron tanto celo i empeño en una obra de destrucción i de muerte, legando á la historia páginas luctuosas, sin advertir que aún antes de esta época se había iniciado la libertad de conciencia; siendo una manifestación de ella la revolución religiosa que salió de Alemania, que aunque en verdad fué una cisión que destruía la unidad de la Iglesia i que no estuvo esenta de errores, constituye evidentemente el punto de partida de esa propaganda filosófica que en el siglo XVIII produjo la más grande de las revoluciones en el mundo de las ideas, sentando el principio de nacionalidad i au-

tonomía de los pueblos modernos, i trayendo como lógica i natural consecuencia la secularización definitiva del Estado i la independendencia del poder temporal, aún en los mismos pueblos católicos que permanecieron fieles á su fé.

No hay acontecimiento en la vida de la humanidad que no tenga su razón de ser; así no se puede desconocer que la reforma con sus excesos i la profunda escisión que trajo al mundo, fué el resultado de una reacción poderosa contra la opresión de tantos siglos i contra los torpes como ineficaces medios empleados para aprisionar el espíritu, pretendiendo detenerlo en su marcha siempre ascendente hacia su perfectibilidad.

Con la separación de los poderes temporales i espiritual, quedó de hecho sancionada la libertad de conciencia; echados los cimientos de la ciencia humana con la luz del libre exámen, i establecida la solidaridad entre los hombres por el vínculo evangélico de la caridad i por el principio de igualdad proclamado por la filosofía; quedando de esta manera trazado el problema del destino i del progreso humano, bajo la base de la universalidad de la razón i el imperio absoluto del derecho.

Corresponde al siglo XVIII la gloriosa tarea de haber convertido en enseñanza las nuevas ideas dándoles el prestigio de la doctrina, que era el que necesitaban, para arraigarse, generalizándose. Eminentemente filosófico, debía realizar su misión reformista, innovándolo todo; demoliendo el ruinoso edificio de las vetustas instituciones q' por imposición de la autoridad se conservaban.

Es en el siglo XVIII que el hombre se liberta de la tiranía que pesaba sobre él. Dando libre i amplia expansión á su inteligencia, se penetra de la índole del cristianismo, que una concepción estrecha, adulterando el pensamiento de su fundador, quiso hacer el privilegio de una secta.

Carecen pues absolutamente de razón los virulentos ataques i los anatemas lanzados contra esa época, que nada tuvo de impia, de incrédula ni de materialista, toda vez que preconizaba la religión del evangelio, que tenía

fé en los destinos de la humanidad, i que del poder maravilloso de la idea hacia depender la regeneración de la sociedad.

El Siglo de Voltaire i Montesquieu, indudablemente que ha sido el más fecundo en progresos para la razón humana i en conquistas para la libertad; i así lo reconoce el mundo moderno haciendo justicia á su misión civilizadora, á la que se debe la desaparición de los formidables barreras que separaban á los hombres, constituidas por la diferencia de origen i que hacia se mirasen no como hermanos, sino como enemigos; acercándolos mediante el indestructible vinculo de la fraternidad i del amor á la paz, ardientemente inculcado por el Evangelio; i proclamando la autonomía de la personalidad humana, fundó el reinado práctico del derecho en todas las manifestaciones de la libertad.

Los trabajos fecundos de esa época, en el orden intelectual, debían producir acontecimientos de magnitud en los pueblos que aspiraban á conformar su existencia social i política á las nuevas ideas propagadas por el racionalismo, purificador de los errores i preocupaciones que por muchos siglos mantuvieron la humanidad entre las tinieblas de la ignorancia.

Las doctrinas regeneradoras que disparon esas tinieblas, esparcidas en las obras de los enciclopedistas (Diderot D' Alembert, Helvectius, D' Holbach, Reinal) i más notablemente en el "Espíritu de las Leyes" de Montesquieu i "El Contrato Social" de Rousseau, se habían cristalizado de una manera extraordinaria, especialmente en el corazón de la Francia, donde se inflamó la chispa de la revolución más grandiosa que han contemplado los tiempos modernos; que ha cambiado la faz de la Europa, conmoviendo los tronos de los reyes; i si aun subsisten algunos, es por la justicia i la sabiduría con que gobiernan sus pueblos, trabajando por su engrandecimiento, aliviando la condición de las clases proletarias, i protegiendo al obrero de la tiranía del capital. El rey que en la época presente llegara á divorciarse con la vo-

luntad del pueblo, veria su cetro hecho pedazos en veinte i cuatro horas.

El progreso alcanzado en el siglo IX é indudablemente preparado por la labor fecunda i provechosa de su antecesor el XVIII, ha sido tan admirable, que [sin exageración puede decirse, que ha sido el siglo de las maravillas.

El saber humano se ha extendido tanto, que la vida se ha hecho insuficiente para abarcarlo; los inventos en todo orden de cosas, van convirtiendo el mundo en una inmensa factoria en que el vapor i la electricidad obran prodigios.

¿Y quien puede adivinar los senderos desconocidos que ha de seguir recorriendo ese incansable carro llamado progreso, que atraviesa el corazón de las montañas, que penetra el fondo de los mares, que boga sobre sus bravias olas, que domina la centella destructora de la tempestad, que se remonta por los aires como queriendo penetrar en los secretos de las regiones siderales? Ya lo dije al principio que estos son arcanos impenetrables; lo que si se puede asegurar es que el mundo marcha i marchará indefinidamente en el concierto de la vida universal realizando el destino que tiene asignado en la Creación.

FELIPE S. PAREDES.

